

car una nodriza, pero la convicción que tenía la Señora de Boisy de que la salud y la virtud de las personas que llenan este ministerio de las madres tienen una gran influencia, no solo sobre el físico sino también sobre la moral de los niños, la hizo muy difícil en la elección. Las pruebas sucesivas á que sometió á varias, retardaron el desarrollo de las fuerzas del precioso niño (1).

Pero la Sra. de la Flechière, su abuela y madrina, la Sra. de Monthoux, su tía (2), y otras varias, añadieron, á las delicadas atenciones de la ternura maternal, tantos y tan asíduos cuidados, que al fin lograron verle fuerte y robusto; desapareció todo temor de perderle, y gozaban tranquilos de la felicidad de verle crecer cada día en edad, santidad y sabiduría.

Muy diferente de los demás niños, desde entonces dió á conocer lo que sería un día. Este niño bendito, dice un autor contemporáneo (3), tenía impresos en toda su persona los caracteres de la bondad; su rostro estaba siempre alegre, sus ojos eran dulces, su mirada amante, y todo su exterior tan modesto que parecía un ángel.

No tenía aún más que dos años, y ya se veían brillar en él los primeros resplandores de su tierna piedad y de su amor á los pobres. Su mayor placer era ser llevado á la iglesia, tener en la mano imágenes, medallas, y besarlas respetuosamente. Si veía algún pobre, y particularmente á los niños, les daba lo primero que encontraba á mano, y si no tenía nada se volvía hácia su nodriza pidiéndole limosna para ellos, primero con sus miradas y luego con sus lágrimas, que no se contenían hasta que el pobre había sido socorrido; lo que obligaba á aquella á prevenirse con frutas ó alguna otra cosa siempre que salía de casa. Un día que, por haber olvidado esta precaución, se encontraba sin tener nada que dar á un niño pequeñito que se

(1) Carlos Aug., p. 2.

(2) Juana de Monthoux era hermana de la madre del Sr. de Boisy.—*Casa de Sales*, p. 138, 143 y 149.

(3) El P. la Riviere, p. 16.

hallaba en la casa donde habían entrado, se le ocurrió darle de mamar y acallar de este modo á Francisco; este, lleno de alegría, estendió sus manitas para sostener la cabeza de aquel á quien cedía con gusto su propio alimento (1).

Estos maravillosos instintos, según dicen testigos oculares, siguieron desarrollándose con el uso de la razón, si hemos de dar crédito á la relación de su nodriza; así que pudo andar solo fue á la iglesia, á donde se hacía llevar á menudo, viéndosele apresurar el paso y estender sus bracitos como para llegar más pronto, y cuando estaba allí nunca parecía cansado ni disgustado, por mucho tiempo que permaneciese; con sus manitas juntas, tan pronto inclinaba el cuerpo en actitud de adorar, como fijaba los ojos sobre el altar ó sobre el sacerdote que celebraba, pudiéndose decir con justicia que comprendía algo de lo que veía, pues todas sus acciones inspiraban devoción (2). Vuelto á la casa, se divertía en imitar, como podía, el canto y las ceremonias; y la gracia con que lo hacía encantaba á los que estaban presentes. Sin embargo, entonces solo articulaba algunas palabras aisladas, y pronunciadas con dificultad. ¡Cuál sería la sorpresa general cuando un día se le oyó decir: *Mi Dios y mi mamá me aman mucho!* (3) Al oír estas palabras, germen precioso, que manifestaban ya al hombre bueno y santo, se pueden imaginar mejor que espresar los trasportes de la Señora de Boisy: su corazón de cristiana y de madre se estremeció de santa alegría. Cuando el niño cumplió dos años y tres meses, creyó que debía destetarlo, pero pidiendo á Dios al mismo tiempo no perjudicase esto á su salud: con este fin dispuso se dijese por él las acostumbradas oraciones de la Iglesia, se celebrasen varias Misas y distribuyese una limosna general á la puerta del castillo (4).

(1) Apuntes de la Madre Greffier, p. 5.

(2) Recopilación de la Madre Greffier, p. 5.

(3) Idem, p. 5.—De Maupas, p. 12.

(4) Carlos Aug., p. 2.

El objeto que se proponia al someter á su hijo á este nuevo régimen, era tenerle mas continuamente á su lado, y consagrar á su educacion los mas asiduos cuidados. Convencida de que durante la infancia, el corazon y la inteligencia, como blanda cera, son susceptibles de recibir toda suerte de impresiones, modelándose para toda la vida en el bien ó en el mal, segun la forma primera que reciben, empezó por tenerle alejado de toda compañía mala ó peligrosa; le prohibió ir á la cocina, hablar con los criados y dependientes de la casa, los labradores del castillo, y los niños de cuya virtud no estaba muy segura (1). Además, como una educacion regalona y delicada quita al hombre las fuerzas, y le hace incapaz de grandes cosas y de grandes virtudes, suprimió todas las delicadezas de que habia usado por necesidad en los primeros años, y se aplicó á educar á su hijo de esa manera varonil y severa que da energía al cuerpo y al alma, enseñándole á contentarse con poco, á libertarse de las exigencias del bien estar, y á sufrir voluntariamente el sacrificio, la privacion y el dolor. Quiso que fuese sencillo en todo, sin lujo ni delicadeza, en el vestido, en la comida, en la cama y en todo lo demás de la vida.

A estas medidas para prevenir el mal, se unió una exacta fidelidad en corregirle cuando faltaba, cuidando de que la correccion fuese siempre correspondiente á la falta. Un día vió el niño en el suelo la blusa de un obrero que trabajaba en el castillo, y habiendo notado en su botonadura una cinta de seda de diferentes colores, el brillo de este adorno le tentó, y la cogió furtivamente. El obrero al fin de su trabajo, habiendo notado que le habian quitado su cinta, hizo varias pesquisas entre los criados: entonces el Señor de Boisy, informado del hecho, interrogó al niño, y este confesó ingénuamente, sin rodeo ni escusa, que era culpable (2); pero al mismo tiempo, profundamente arre-

(1) Carlos Aug., p. 3.—Talon, p. 11.

(2) El P. la Riviere, p. 17.—Juan de San Francisco, p. 21.

pentido de su falta, cayó de rodillas pidiendo perdon con tantas lágrimas, que hizo llorar á los mismos asistentes. El padre, inflexible porque conocia las consecuencias que podia tener una falta de este género si quedaba impune, le hizo aplicar el castigo que se da generalmente en esta edad, en presencia de todos, añadiendo que le castigaba ligeramente por ser la primera vez, y porque lo habia confesado francamente; pero que si tenia la desgracia de volver á cometer la misma falta, sería mas severo. Esta correccion, aplicada tan oportunamente, fue tan provechosa al niño, que en lo sucesivo nunca volvió á tomar nada sin permiso, ni una fruta del jardín ó del campo.

Entre tanto los Señores de Boisy comprendian que estos medios esteriore no eran suficientes para formar una buena educacion, y que solo la religion, apoderándose del corazon, puede hacerlo verdadera y profundamente virtuoso. Por esto instruyeron al niño lo mas pronto posible en los primeros fundamentos del cristianismo: desde que empezó á balbucear, su piadosa madre le enseñó á pronunciar los dulcísimos nombres de *Jesus* y de *María*, y á hacer la señal de la cruz; apenas empezó á hablar, se ocupó, en union con el Sr. Deage, que fue mas tarde su preceptor, en enseñarle la Oracion dominical, la Salutacion angélica, el Símbolo, los Actos de fe, esperanza y caridad, las oraciones para antes y despues de la comida, y por último, las primeras nociones de la doctrina cristiana.

El niño, que tenia un talento vivo y una memoria feliz, retenia facilmente lo que se le enseñaba, teniendo gusto en repetir á menudo el *Padre nuestro*, *Ave María* y las otras oraciones que habia aprendido, suplicando que le enseñasen otras nuevas (1).

Habiendo adquirido estas primeras nociones, creyeron que era tiempo de empezar con el Catecismo, y la Señora de Boisy, ayudada siempre de Mr. Deage, que ya entonces

(1) Declaracion de Francisco de la Pesse y de Francisco Favre.

frecuentaba el castillo de Sales, empezó esta enseñanza tan sublime en su sencillez, tan fecunda en su brevedad, código completo de las creencias, al mismo tiempo que regla segura de moral.

El jóven Francisco recibió con gusto estas nuevas lecciones: parecia no tener mas dulce placer que oír hablar de Dios y de la religion; estaba atento á los que le instruian, escuchándolos con una maravillosa avidez, haciéndoles sobre los misterios preguntas tan discretas que les llenaba de admiracion; y como esta buena voluntad estaba secundada por una memoria feliz, aprendia tan perfecta como prontamente.

Así que sabia algunas respuestas y que se habia concluido la leccion, salia alegre y arrebatado por aquella viveza que estaba tanto en su carácter como en su espíritu, y convocaba á todos los niños de la vecindad, llamándolos con una campanilla que le habian dado para jugar; los colocaba alrededor suyo, recitándoles con unos ademanes llenos de interés la leccion que acababa de aprender, haciéndosela repetir poco á poco hasta que la sabian. A veces su celo se elevaba mas aún: aunque apenas tenia cinco años, si encontraba un calvinista le atacaba sin respeto humano, le citaba las palabras de su catecismo para probarle que estaba en el error, y no habia otro medio de evitar estos ataques, á veces indiscretos, que encerrarle en su cuarto cuando uno de estos sectarios iba al castillo.

Al mismo tiempo que la Señora de Boisy enseñaba al niño el testo del catecismo, procuraba aún mas hacersele comprender por medio de esplicaciones claras, comparaciones y símiles para inspirarle su espíritu, es decir, el amor y el temor filial de Dios, á fin de enseñarle su práctica á un mismo tiempo con sus ejemplos y con sus palabras: luego, fiel en reproducir estas preciosas lecciones bajo diferentes formas, se aprovechaba de todo, segun las ocasiones, para imprimir en el corazón de su amado hijo el horror á la mentira y al vicio, el amor á lo bueno y á lo verdadero. No contentándose con decirle lo que debia ser ó hacer, le

esplicaba tambien el motivo, con el fin de que conociese, no solo la virtud sino aun las razones por las cuales debia ser virtuoso (1).

Bien pronto recogió la piadosa madre el fruto de una educacion tan esquisita: jamás se oyó salir de la boca del jóven Francisco una palabra que fuese contraria á lo que creia ser verdad; contestaba siempre con ingenuidad, sencillez y candor, queriendo mas recibir el castigo que evitarlo con una mentira. No menos admirable en su obediencia para con aquellos que tenian el cargo de dirigirle, sacrificaba á una mirada ó insinuacion sus gustos é inclinaciones, yendo ó viniendo, haciendo ó dejando de hacer, segun se le mandaba, sin dejar entrever nunca el menor descontento. Una vez sin embargo desobedeció, y esta falta se supo mas tarde por él mismo. Pasando un día por la cocina, á donde le estaba prohibido ir, y viendo al cocinero que sacaba los pasteles del horno, entró para pedirle uno; se lo pusieron abrasando en la mano, pero la gula, decia, pudo mas que el dolor, y tuvo valor para sufrir la quemadura antes que soltar la presa (2).

Salvo estas pequeñas faltas ó algunas otras semejantes, que á su edad apenas merecen ese nombre, toda su conducta era admirable. En la iglesia se le veia al lado de su madre, de rodillas, con las manos juntas, los ojos dulcemente fijos en el altar, y todo su cuerpo en una postura tan respetuosa que parecia un ángel (3). Fuera de la iglesia no tenia las maneras atolondradas de otros niños, y ya una modestia angélica se notaba en toda su persona (4). Desde entonces, dice un autor contemporáneo (5), se veia brillar en su rostro como un rayo de la gracia, que le daba

(1) El P. la Riviere, p. 18.—Dom. Juan de San Francisco, p. 24.

(2) Recopilacion de la Madre Greffier, p. 6.

(3) Carlos Aug., p. 4.

(4) Carlos Aug., p. 2.—Dep. de Dumont y de Passis.—El P. la Riviere, p. 8.

(5) Carlos Aug., p. 4.—Dep. de Francisco Favre y del Canónigo Gard, de Rendu, de Francisco Pesse, etc.

un aspecto celestial, de tal modo que no se le podía mirar sin sentirse penetrado de una verdadera estimación, y del pensamiento de que un árbol que llevaba tan hermosas flores, produciría un día excelentes frutos de virtud. Su ternura hacia los pobres era incomparable, siendo el mayor obsequio que se le podía hacer proporcionarle alguna cosa para darles limosna. Al punto que oía su voz á la puerta, se apresuraba á ir á socorrerlos; si era durante su comida, les llevaba una parte de lo que le habían servido para su alimento; si era á otra hora y no tenía nada que darles, iba á pedir limosna á sus padres, instándoles dulcemente á que socorriesen la desgracia (1).

Si, para probarle, no se rendían pronto á sus instancias, el dolor de ver esperar al pobre le hacía derramar lágrimas, y no se consolaba hasta que le daban la limosna que pedía (2).

Le gustaban poco las diversiones; y su mayor placer era hacer capillitas y altares, adornados con las imágenes y flores que podía procurarse, y orar allí varias veces al día, recitando en alta voz las oraciones que le habían enseñado (3). Fue necesario vigilarle para que tomase las recreaciones convenientes á su edad y necesarias al descanso del espíritu, que no puede estar siempre tirante. Sus padres fueron muy constantes en esto; pero no obstante jamás le permitieron juegos de cartas ó de dados, sabiendo bien que estos en vez de recrear el espíritu le fatigan, y hacen que el hombre se aficione á ellos con detrimento de su honor, de su tiempo, de su fortuna y á veces hasta de su salud: querían que se ocupase en los juegos que procuran un ejercicio moderado, que no exigen sino agilidad en los miembros, ligereza en la carrera ó destreza en los movimientos (4), y para procurarle esto no retrocedían ante ningún gasto.

(1) Idem.

(2) Carlos Aug., p. 3.—De Maupas, p. 12.

(3) Juan de San Francisco, p. 25.—El P. la Riviere, p. 19.

(4) Dep. de Francisco de la Pesse.—El P. la Riviere, p. 19.

Francisco se prestaba á ello por obedecer á sus padres, abandonándose á su viveza natural con los niños que le daban por compañeros de juego. Concluido esto, llevaba á los niños á su capilla para rezar juntos algunas oraciones, y si la iglesia parroquial estaba libre los conducía allí, haciéndoles poner alrededor de la pila bautismal. «Ved ahí, amigos míos, les decía, el lugar que nos debe ser más amado en este mundo, porque aquí hemos sido hechos hijos de Dios: cantemos juntos el *Gloria Patri*.» Los niños repetían el himno de acción de gracias, después de lo cual cada uno se aproximaba, y de rodillas besaba respetuosamente la pila. Otras veces los ordenaba en procesión, haciéndoles ir dando vueltas á la pila cantando el Símbolo de los Apóstoles; en seguida los llevaba delante del Santísimo Sacramento, pero allí los hacía poner de rodillas para demostrar su adoración á Jesucristo, presente en el Tabernáculo (1).

El Señor de Boisy, maravillado de lo que veía en su hijo, se conmovía á veces hasta derramar lágrimas. En verdad, decía á su esposa, mas parece este niño hijo de la gracia que de la naturaleza; tengo el presentimiento de que Dios tiene el designio de hacer de él una cosa grande, porque su modestia y discreción me inspiran á mí mismo un vivo deseo de practicar la virtud. La Señora de Boisy estaba más encantada aún, y no se cansaba de admirar tanta santidad en una edad tan tierna (2). En las conversaciones que tuvo más adelante con Santa Juana Francisca de Chantal, le decía: «Si no fuera madre de este querido hijo, revelaría muchas maravillas de su infancia: he observado á menudo que, siendo aún muy pequeño, estaba prevenido con las bendiciones del cielo, y no respiraba más que amor de Dios. Nunca me ha dado ningún disgusto, siendo siempre mi consuelo. Jamás he notado en él ningún defecto, y siempre le he mirado como un santo, considerándome in-

(1) Dep. de la Madre Chaugy y de varios otros testigos.

(2) *Casa de Sales*, p. 187 y 194.

»digna de ser su madre.» (1) En efecto, aunque niño aún, Francisco de Sales era ya como el apóstol y director de su virtuosa madre. Si la veía afligida, la consolaba diciéndola: «Recurramos á Dios, madre mía, y él nos sostendrá.» Si la oía esclamar en medio de la multitud de negocios que la rodeaban: ¡Ay! Dios me ayude; «¡oh! eso está bien dicho, madre mía, replicaba: decidlo á menudo, pero decidlo del fondo de vuestro corazón, y vereis cómo Dios nos ayudará.» (2) Así, el que debía ser un día el consolador de tantos afligidos, dió principio á su ministerio casi al empezar á hablar.

CAPITULO II.

Sus primeros estudios.

(De 1573 á 1580.)

Francisco de Sales habia cumplido ya seis años y no sabia aún leer, pero deseaba vivamente aprender; hojeaba los libros que encontraba, examinaba las letras procurando leerlas, y cuando su nodriza iba á verle, la instaba para que pidiese á sus padres le instruyeran, prometiéndole, si lo conseguía, la mas magnífica recompensa que en su imaginación de niño podia ocurrírsele. «Cuando sea un hombre, le decia, os haré todos los años un vestido de paño rojo.» (3) El Señor de Boisy, para secundar un acto tan loable, resolvió enviarle á estudiar al colegio que se habia fundado recientemente en la pequeña ciudad de la Roche, que distaba siete kilómetros del castillo de Sales. El corazón maternal se estremeció con esta noticia; la Señora de Boisy temió por la salud de su hijo, y aún mas por su virtud. Esta madre cristiana no ignoraba cuántos escollos ofrecen á los niños las escuelas públicas, y aunque la emu-

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

(2) Dep. de Francisco Favre, etc.

(3) Recopilacion de la Madre Greffier, p. 8.

lacion podia apresurar los progresos, hubiese preferido mas ver á su hijo menos sábio con un maestro que le enseñase en particular, que menos virtuoso con mas ciencia. Pero el Señor de Boisy se mantuvo firme, temiendo que su esposa, que amaba apasionadamente á su hijo, escuchando demasiado las inspiraciones de su ternura, llegase, contra su intencion y resoluciones primeras, á echarle á perder á fuerza de cuidados y atenciones delicadas. Le hizo pues partir para la Roche, donde esperaba que el niño tendria una educacion mas varonil y mas digna de su nacimiento (1). Sin embargo, no olvidando lo que la religion le prescribia con respecto al alma de su hijo, le destinó para guarda de su inocencia un preceptor virtuoso é instruido, llamado Pedro Batailleur, cuya mision era vigilar todos sus pasos y relaciones, y cultivar aquel rico tesoro de naturaleza y de gracia. Además, como sabia que nadie podia reemplazar los consejos y la presencia de un padre, iba todas las semanas á la Roche, examinaba detenidamente la conducta del niño, comprobaba sus progresos y buenos sentimientos, le daba consejos, le llevaba á comer al castillo de Sales, y le hacia pasar allí algunos dias con el fin de recompensar sus adelantos, y avivar su ardor por la virtud al calor de las exhortaciones maternales (2).

Dócil á tan sábios consejos, el jóven Francisco aprendió bien pronto á leer y á escribir, y pasando de esto al estudio de la gramática francesa, la aprendió igualmente en pocos meses. Entonces pudo, con grande alegría suya, empezar el estudio de la lengua latina, en la que sobresalió tambien. Entre tanto, si admiraba á sus maestros por sus rápidos progresos, mas los admiraba aún por su virtud.

Toda la ciudad contemplaba con sorpresa á este niño tan modesto, tan cándido y piadoso: jamás se vió tanta virtud y gracia en una edad tan tierna, bastando verle para sentirse inclinado á obrar el bien. Los señores que

(1) *Casa de Sales*, p. 187.

(2) De Cambis, vol. 1, p. 60.